

Publicaciones del Ministerio de Educación Pública

HOMENAJE

A

JUAN LEON MERA

CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE
SU NACIMIENTO

DATOS BIOGRAFICOS Y FRAGMENTOS
DE SUS OBRAS, DEDICADOS A LOS
NIÑOS DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS

Imprenta Nacional

1932





JUAN LEON MERA

JUAN LEON. MERA

El señor don Juan León Mera nació en Ambato el 28 de junio de 1832. Fué hijo de don Pedro Mera y doña Josefa Martínez. El mismo en algunos apuntes de sus Memorias, cuenta cuán triste y desvalida fué su niñez. Su padre, cuando él tenía apenas uno o dos años, se ausentó de su madre enferma y pobre y de su no menos pobre abuela, doña María Juana Vásconez; pasó toda su niñez y juventud en el aislamiento y soledad del campo, en donde no tuvo ni siquiera una escuela donde aprender a leer. Su madre, que por fortuna fué mujer de extraordinaria virtud y gran talento, le enseñó a leer, a escribir y todo aquello que ella podía. En las épocas de vacaciones, cuando iba a pasarlas en la quinta de Atocha, su tío don Nicolás Martínez, que estudiaba Leyes en Quito, le daba algunas lec-

ciones de Gramática, Aritmética, etc. En la quinta de Atocha ⁽¹⁾ existen la pizarra en que aprendió a escribir y el libro en que aprendió a leer. De claro talento y muy amante del estudio, él mismo se dedicó a aprender cuanto podía: su madre y la Naturaleza fueron, pues, sus maestros. Porque desde niño tuvo grande amor a la Naturaleza, del que nació la inclinación al cultivo de las Artes. Cuando ya sabía algo de dibujo, aprendido por sí mismo, nada le gustaba más que copiar los paisajes que le rodeaban, las flores, las aves, etc. Una vez casi se mata, porque quiso dibujar un nido de gorriónes con sus polluelos, que estaba en un árbol muy alto; cuando más absorto estaba en su trabajo, se rompió la rama en que se apoyaba y cayó al suelo. Otra vez estuvo también a punto de perecer despeñado, por andar en busca de flores o de nidos, no para destruir éstos, como suelen hacer otros niños, sino para gozarse viéndolos y espiando las costumbres de las avechitas.

(1) No hay que confundir la quinta de los Molinos de Atocha, que dió el nombre a la parroquia, en la que pasó Mera su niñez y juventud (hoy pertenece a la familia Egüez) con la que después formó él mismo a corta distancia, en la que vivió muchos años y murió finalmente, según lo había deseado.

Sus únicos amiguitos entonces y los únicos compañeros de juegos y travesuras, eran los hijos de los peones de la quinta y otros aldeanitos rústicos y semisalvajes, de cuya compañía él mismo dice que sacó un bien: el amor a los pobres y a los humildes, y un mal: los defectos que se le pegaron, y que después tuvo trabajo en desarraigar.

En su primera juventud predominó la afición al dibujo y a la pintura, y creyó que ésta era su vocación. En 1852 se trasladó a Quito, con el propósito de recibir lecciones del notable pintor Antonio Salas, el mejor que había entonces; pero descontento de la vida de la Capital y provisto de pinturas y pinceles regresó a su quinta de Atocha, en donde se dedicó a pintar sobre todo cuadros religiosos, con cuyo escasísimo producto ayudaba al sostenimiento de la familia. Tenía muy buenas disposiciones para la pintura, y si hubiera seguido cultivándola habría llegado a ser un notable pintor. Pero por ese mismo tiempo fueron conocidas sus primeras poesías por personas tan competentes como su mismo tío el insigne abogado Dr. Nicolás Martínez, el célebre historiador don Pedro Fermín Cevallos y otros, que le alentaron y estimularon grandemen-

te. Desde entonces descuidó la pintura y se dedicó con más afán al estudio y a escribir en prosa y en verso. Muchas poesías suyas se publicaron en diversos periódicos y revistas nacionales y extranjeras. En 1858 se publicó su primera colección de poesías, que fué muy bien recibida dentro y fuera del país. En 1861 salió la primera edición de "La Virgen del Sol", leyenda en verso, con la cual, y con sus "Melodías Indígenas", trató de hacer práctica su teoría sobre el Americanismo en poesía; por lo cual se le llamaba entonces el "poeta indiano". El famoso Padre Fray Vicente Solano fué el primero que escribió en el Ecuador un notable estudio sobre "La Virgen del Sol", y entre los hombres de letras del extranjero la encomió de los primeros don Ricardo Palma, autor de las "Tradiciones Peruanas". De esta obra se hizo segunda edición en el año 1887 en Barcelona, en unión de las "Melodías Indígenas".

Desde entonces no dejó de escribir, y tanto escribió en su vida que sus obras completas darían muchísimos tomos. En 1868 salió a luz la "Ojeada Histórico-Crítica sobre la Poesía ecuatoriana", que se reimprimió

mió en España, con muchos notables apéndices en 1893.

Esta obra tuvo por objeto enderezar y guiar la literatura patria, que en ese tiempo andaba muy mal, y es indudable que hizo mucho bien. En todas sus labores tanto literarias como políticas no tuvo el Sr. Mera otra mira que el bien de su patria. En lo literario sería muy largo enumerar todo lo que escribió; casi no hubo género que no cultivara: poesía, novela, artículos de costumbres, crítica, sociología, historia, biografía, textos de enseñanza, hasta devocionarios, todo abarcó su fecundo ingenio; pero su mayor labor literaria se encuentra en el periodismo, en multitud de artículos y en folletos y hojas sueltas de crítica social y controversia político-religiosa.

Las más notables de sus obras son: *Cumandá*, novela que ha sido juzgada como de las mejores publicadas en América; la serie de *Novelitas Ecuatorianas*, que en sentir de muchos es lo mejor que escribió el autor; *La Escuela Doméstica*; *Tijeretazos y Plumadas*, en que están reunidos muchos de sus artículos de costumbres y crítica social; las *Biografías* del Dr. Nicolás Martínez, don Pedro Fermín Cevallos, Dr. Vi-

cente Cuesta, Dr. J. Miguel de Araujo, etc.; La historia de la Dictadura y la Restauración (contra Veintimilla); García Moreno, que por desgracia no alcanzó a terminar; etc., etc. El día en que se publiquen las obras completas de Mera será cuando se pueda juzgar de su enorme trabajo y de los grandes conocimientos que llegó a adquirir, a pesar de haber tenido una vida muy trabajosa para sostener a su larga familia.

Si los primeros años de su vida fueron apacibles y tranquilos lejos de la sociedad, cuando penetró en ésta y terció en la política, pocos habrán tenido vida más agitada que la suya en la liza de las ideas, como él mismo lo confesaba. Católico sincero y afiliado al partido conservador, fué creyente y político ardoroso, con todo el ardor que infunden la buena fé y el convencimiento nacido del estudio profundo que de ellas hizo. Como polemista en el campo de las ideas, defendiendo las suyas, fué contendiente terrible, pero siempre justo y sereno, sin que esto obstara para que sus adversarios políticos le insultaran, le calumniaran y le odieran.

Pero él no odió jamás a nadie. Manso y pacífico, no tanto por índole cuanto por

constante vencimiento de su propio carácter, sólo la maldad, el vicio, la injusticia, le hacían que montara en grandísima indignación y los fustigara con mucha severidad. Como amigo, fué leal, tierno y generoso; como funcionario público, recto, magnánimo y honradísimo; como hombre particular modelo de cuantas virtudes enaltecen al verdadero cristiano. Las grandes pasiones de su vida fueron: Dios y la Patria.

Pocos fueron los destinos públicos que desempeñó, si se ha de exceptuar el de diputado que lo fué por muchas ocasiones, llegando el año 1886 a ser Presidente de la Cámara del Senado. Cerradas las sesiones del Congreso de 1865, en el que sirvió de Secretario, se comprometió a desempeñar el cargo de Oficial Mayor en el Ministerio de lo Interior y R. R. E. E. En 1869 se hizo cargo por poco tiempo de la Gobernación de Tungurahua; luego, por largos meses, de la redacción del periódico oficial, para volver a ocupar por más de dos años la misma Gobernación de Ambato. En la efímera administración del Dr. Borrero fué elegido Ministro del Tribunal de Cuentas. El largo período de la administración de Veintimilla, lo pasó alejado de la política, ente-

ramente contraído a trabajar en el campo, sin dejar sus tareas literarias. Con Dn. Antonio Flores volvió a servir por pocos meses la Gobernación de León, y luego pasó a ocupar nuevamente el destino de Ministro del Tribunal de Cuentas, en el que se mantuvo durante cuatro años, hasta que la enfermedad que había de ser la última, le hizo que se recogiera a su quinta de Atocha, a esperar la muerte. Vióla venir sin temor ni sobresalto. En la amistad del Ilustre González Suárez halló los consuelos espirituales y la entereza moral de que había menester. "Pobre soy,—dijo— entre los pobres he vivido y entre ellos quiero descansar: Murió santamente el 13 de diciembre de 1894. Se le dió sepultura, como lo había ordenado, en el miserable cementerio de Atocha; González Suárez cantó la misa de réquiem. Mas tarde sus restos fueron trasladados a Quito y reposan en la Catedral, hasta que pueda cumplirse su voluntad de que reposen definitivamente en su querido Atocha.

FRAGMENTOS DE "CUMANDA"

I

LAS SELVAS DEL ORIENTE

El monte Tungurahua, de hermosa figura cónica y de cumbre siempre blanca, parece haber sido arrojado por la mano de Dios sobre la cadena oriental de los Andes, la cual, hendida al terrible golpe, le ha dado ancho asiento en el fondo de sus entrañas. En estas profundidades y a los pies del coloso, que, no obstante su situación, mide 5.087 metros de altura sobre el mar (1), se forma el río Pastaza de la unión del Patate que riega el Este de la provincia que lleva el nombre de aquella montaña, y del Chambo que, después de recorrer gran parte de la

(1) Según la medida de los señores Reiss y Stubeñ en 1874.

provincia Chimborazo, se precipita furioso y atronador por su cauce de lava y micaesquista.

El Chambo causa vértigo a quienes por primera vez le contemplan: se golpea contra los peñascos, salta convertido en espuma, se hunde en sombríos vórtices, vuelve a surgir a borbotones, se retuerce como un condenado, brama como cien toros heridos, truena como la tempestad, y mezclado luego con el otro río continúa con mayor ímpetu cavando abismos y estremeciendo la tierra, hasta que da el famoso salto de Agoyán, cuyo estruendo se oye a considerable distancia. Desde este punto, a una hora de camino del agreste y bello pueblecito de Baños, toma el nombre de Pastaza, y su carrera, aunque majestuosa, es todavía precipitada hasta muchas leguas abajo. Desde aquí también comienza a recibir mayor número de tributarios, siendo los más notables, antes del cerro Abitahua, el Río-verde, de aguas cristalinas y puras, y el Topo, cuyos orígenes se hallan en las serranías de Llanganate, en otro tiempo objeto de codiciosas miras, porque se creía que encerraba riquísimas minas de oro.

El Pastaza, uno de los reyes del sistema fluvial de los desiertos orientales, que se confunden y mueren en el seno del monarca ⁽¹⁾ de los ríos del mundo, tiene las orillas más groseramente bellas que se puede imaginar, a lo menos desde las inmediaciones del mentado pueblecito hasta largo espacio adelante de la confluencia del Topo. El cuadro, o más propiamente la sucesión de cuadros que ellas presentan, cambian de aspecto, en especial pasado el Abitahua hasta el gran Amazonas. En la parte en que nos ocupamos, agria y salvaje por extremo, parece que los Andes, en violenta lucha con las ondas, se han rendido sólo a más no poder y las han dejado abrirse paso por sus más recónditos senos. A derecha e izquierda la secular vegetación ha llegado a cubrir los estrechos planos, las caprichosas gradas, los bordes de los barrancos, las laderas y hasta las paredes casi perpendiculares de esa estupenda rotura de la cadena andina; y por entre columnatas de cedros y palmeras, y arcadas de lianas, y bóvedas de esmeralda y oro, bajan, siempre a saltos y tumbos, y siempre bulliciosos, los infinitos arro-

(1) El Amazonas.

yos que engruesan, amén de los ríos secundarios, el venaje del río principal. Podría decirse que todos ellos buscan con desesperación el término de su carrera seducidos y alucinados por las voces de su soberano que escucharon allá entre las breñas de la montaña.

El viajero no acostumbrado a penetrar por esas selvas, a saltar esos arroyos, esguazar esos ríos, bajar y subir por las pendientes de esos abismos, anda de sorpresa en sorpresa, y juzga los peligros que va arrostrando mayores de lo que son en verdad. Pero estos mismos peligros y sorpresas, entre las cuales hay no pocas agradables, contribuyen a hacerle sentir menos el cansancio y la fatiga, no obstante que, ora salva de un vuelo un trecho desmesurado, ora da pasitos de a sexma; ya va de puntillas, ya de talón, ya con el pie torcido; y se inclina, se arrastra, se endereza, se balancea, cargando todo el cuerpo en el largo bastón de **caña brava**, ⁽¹⁾ se resbala por el descortezado tronco de un árbol caído, se hunde en el cieno, se suspende y columpia de

(1) Especie de junco muy fuerte. Se cría en un solo pie y forma copa, aunque pequeña, parecida a la de la palmera.

un bejuco, mirando a sus pies por entre las **roturas del follaje** las agitadas aguas del Pastaza, a más de doscientos metros de profundidad; o bien oyendo solamente su bramido en un abismo que parece sin fondo... En tales caminos, si caminos pueden llamarse, todo el mundo tiene que ser acróbata por fuerza.

El paso del Topo es de lo más medroso. Casi equidistantes una de otra hay en la mitad del cauce dos enormes piedras bruñidas por las ondas que se golpean y despedazan contra ellas; son los machones centrales del puente más extraordinario que se puede forjar con la imaginación, y que se lo pone, sin embargo, por mano de hombres en los momentos en que es preciso trasladarse a las faldas del Abitahua: ese puente es, como si dijésemos, lo ideal de lo terrible realizado por la audacia de la necesidad. Consiste la peregrina fábrica en tres **guadúas** de algunos metros de longitud tendidas de la orilla a la primera piedra, de ésta a la segunda y de aquí a la orilla opuesta. Sobre los hombros de los prácticos más atrevidos, que han pasado primero y se han colocado, cual estatuas en las piedras y las márgenes, descansan otras **guadúas** que sirven de pasama-

nos a los demás transeuntes. La caña tiembla y se comba al peso del cuerpo; la espuma rocía los pies; el ruido de las ondas asorda; el vértigo amenaza, y el corazón más valeroso duplica sus latidos. Al cabo está uno de la banda de allá del río, y el puente no tarda en desaparecer arrebatado de la corriente.

En seguida comienza la ascensión del Abitahua, que es un soberbio altar de gradas de sombría verdura, levantado donde acaba propiamente la rotura de los Andes que hemos bosquejado, y empiezan las regiones orientales. En sus crestas más elevadas, esto es, a una altura de cerca de mil metros, descuelan centenares de palmas que parecen gigantes extasiados en alguna maravilla que está detrás, y que el caminante no puede descubrir mientras no pise el remate del último escalón. Y cierto, una vez coronada la cima, se escapa de lo íntimo del alma un grito de asombro: allí está otro mundo; allí la naturaleza muestra con ostentación una de sus fases más sublimes: es la inmensidad de un mar de vegetación prodigiosa bajo la azul inmensidad del cielo. A la izquierda y a lo lejos la cadena de los Andes semeja una onda de longitud infinita, suspensa un mo-

mento por la fuerza de dos vientos encontrados; al frente y a la derecha no hay más que la vaga e indecisa línea del horizonte entre los espacios celestes y la superficie de las selvas, en la que se mueve el espíritu de Dios como antes de los tiempos se movía sobre la superficie de las aguas. ⁽¹⁾ Algunas cordilleras de segundo y tercer orden, ramales de la principal, y casi todas tendidas del Oeste al Este, no son sino breves eminencias, arrugas insignificantes que apenas interrumpen el nivel de ese grande Sahara de verdura. En los primeros términos se alcanza a distinguir millares de puntos de relieve como las motillas de una inconmensurable manta desdoblada a los pies del espectador: son las palmeras que han levantado las cabezas buscando las regiones del aire libre, cual si temiesen ahogarse en la espesura. Unos cuantos hilos de plata en eses prolongadas y desiguales y, a veces, interrumpidas de trecho en trecho, brillan allá distantes: son los caudalosos ríos que descendiendo de los Andes se apresuran a llevar su tributo al Amazonas. Con frecuencia se ve la tempestad co-

(1) Gen. I-2.

mo alado y negro fantasma cerniéndose sobre la cordillera y despidiendo serpientes de fuego que se cruzan como una red, y cuyo tronido no alcanza a escucharse; otras veces los vientos de Levante se desencadenan furiosos y agitan las copas de aquellos millones de millones de árboles, formando interminable serie de olas de verdemar, esmeralda y tornasol, que en su acompasado y majestuoso movimiento producen una especie de mugidos, para cuya imitación no se hallan voces en los demás elementos de la naturaleza. Cuando luego inmóvil y silencioso aquel excepcional desierto recibe los rayos del sol naciente, reverbera con luces apacibles, aunque vivas, a causa del abundante rocío que ha lavado las hojas. Cuando el astro del día se pone, el reverberar es candente, y hay puntos en que parece haberse dado a las selvas un baño de cobre derretido, o donde una ilusión óptica muestra llamas que se extienden trémulas por las masas de follaje sin abrasarlas.

Desde las faldas orientales del Abitahua cambia el espectáculo: está el viajero bajo las olas del extraño y pasmoso golfo que hemos bosquejado; ha descendido de las regiones de la luz al imperio de las misteriosas

sombras. Arriba se dilataba el pensamiento a par de las miradas por la inmensidad de la superficie de las selvas y lo infinito del cielo; aquí abajo los troncos enormes, los más cubiertos de bosquecillos de parásitas, las ramas entrelazadas, las cortinas de floridas enredaderas que descienden desde la cima de los árboles, los flexibles bejucos que imitan los cables y jarcia de los navíos, le rodean a uno por todas partes, y a veces se cree preso en una dilatada red allí tendida por alguna ignota divinidad del desierto para dar caza al descuidado caminante. Sin embargo, ¡cosa singular! esta aprensión que debía acóngojar el espíritu, desaparece al sobrevenir, cual de seguro sobreviene, cierto sentimiento de libertad, independencia y grandeza, del que no hay ninguna idea en las ciudades y en medio de la vida y agitación de la sociedad civilizada.

En este laberinto de la vegetación más gigante de la tierra, en esta especie de regiones suboceánicas, donde por maravilla penetran los rayos del sol, y donde sólo por las aberturas de los grandes ríos se alcanza a ver en largas fajas el azul del cielo, se hallan maravillosos dechados en que pudieran buscar su perfección las artes que constitu-

yen el orgullo de los pueblos cultos: aquí está diversificado el pensamiento de la arquitectura, desde la severa majestad gótica hasta el airoso y fantástico estilo arábigo, y aún hay órdenes que todavía no han sido comprendidos ni tallados en mármol y granito por el ingenio humano: ¡qué columnatas tan soberbias! ¡qué pórticos tan magníficos! ¡qué artesonados tan estupendos! Y cuando la naturaleza está en calma; cuando plegadas las alas, duermen los vientos en sus lejanas cavernas, aquellos portentosos monumentos son retratados por una oculta y divina mano en el cristal de los ríos y lagunas para lección de la pintura. Aquí hay sonidos y melodías que encantarían a los Donizetti y los Mozart, y que a veces los desesperarían. Aquí hay flores que no soñó nunca el paganismo en sus Campos Elíseos, y fragancias desconocidas en la morada de los dioses. Aquí hay ese gratisimo no sé qué, inexplicable en todas las lenguas, perceptible para algunas almas tiernas, sensibles y egregias, y que, por lo mismo, se le llama con un nombre que nada expresa—poesía. Conocimiento y posesión de todas las bellezas y armonías de la naturaleza; iniciación en todas sus misteriosas maravillas; intui-

ción de los divinos portentos que encierra el mundo moral, cualquiera cosa que sea aquello que el idioma humano llama poesía, aquí en las entrañas de estas selvas hijas de los siglos, se la siente más viva, más activa, más poderosa que entre el bullicio y caduco esplendor de la civilización.

Ni falta la melancólica majestad de las ruinas que en otros hemisferios llaman tanto la atención de los sabios. En Europa y Asia la maza y la tea de la guerra y el pesado rodar de los siglos han derribado las creaciones de las artes y la civilización antiguas: aquí sólo la naturaleza demuele sus propias obras: el huracán se ha cebado en esas arcadas; la tempestad ha despedazado aquel centenar de columnas; las abatidas copas de las palmeras son los capiteles de esos templos, palacios y termas de esmeralda y flores que yacen en fragmentos. Pero allá han desaparecido para siempre los artistas que levantaron los monumentos de piedra de Balbeck y de Palmira, en tanto que aquí está vivo el genio de la naturaleza que hizo las maravillas de las selvas, y las repite y multiplica todos los días: ¿no lo véis? los escombros van desapareciendo bajo la sombra de otros suntuosos y magníficos edificios.

La eterna y divina artista no demuele sus obras sino para mejorarlas, y para ello recibe nuevas fuerzas y poderosos elementos de la descomposición de las mismas ruinas que ha esparcido a sus pies.

Sin entrar en cuenta el Putumayo, desde cuyas orillas meridionales comienza el territorio ecuatoriano en las regiones del Oriente, bañan éstas y desembocan en el Amazonas los caudalosos ríos Napo, Nanay, Tigre, Chambira, Pastaza, Morona, Santiago, Chinchipe, y otros que si son pequeños junto a aquéllos, en verdad serían de notable consideración en Europa, Asia o Africa.

El Pastaza, cuyo descenso hemos seguido hasta el punto en que recibe las tumultuosas ondas del Topo, y de cuyas márgenes no nos alejaremos durante la historia que vamos a relatar, fue navegado por el sabio Dn. Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor en 1741, quien delineó su curso y el del caprichoso y enredado Bobonaza. Pasado el Abitahua, recibe por el Norte el tributo del Pindo, desde donde comienza a prestarse a la navegación, aunque no segura; luego le entran el Lluçin por la derecha, y a pocas leguas el Palora, de aguas sulfurosas y amargas, y cuyos orígenes se hallan en una

corta laguna de las inmediaciones del Sangay, sin duda uno de los volcanes más activos y terribles del mundo. Aquí las aguas del Pastaza, así como las del Palora, ya son bastante mansas y apacibles, y sólo se nota mayor movimiento en el Estrecho del Ta que está a continuación y que lo forman rígidos peñascos alzados a uno y otro lado y casi paralelos. Libre ya de estos hercúleos brazos que le ajustaban, se explaya y lleva su imperial carrera primero de Poniente a Oriente y después de Noroeste a Sudeste hasta su triple desembocadura.

El Pastaza se dilata a veces por abiertas y risueñas playas, y otras está limitado en trayectos más o menos largos por peñascosas orillas, que van desapareciendo a medida que avanzan en la llanura, o por simples elevaciones del terreno. En muchos puntos se divide en dos brazos que vuelven a unirse ciñendo hermosas islas, las que son más frecuentes y extensas cuanto más el río se acerca a su término. En las orillas abundan hermosísimas palmas, de cuyo fruto gustan los saínos y otros animales bravíos, y el laurel que produce la excelente cera, y el fragante canelo que da nombre al territorio regado por el Bobonaza, rico censatario tam-

bién del Pastaza, y por el Curaray que da más abundante caudal al gigantesco Napo.

A no mucha distancia de las márgenes del río que nos ocupa, y casi siempre en comunicación con él, hay unas cuantas lagunas coronadas, asimismo, de palmeras que se encorvan en suave movimiento a mirarse en sus limpísimos cristales, y pobladas de aves de rara belleza, de dorados peces y de tortugas de regalada carne. Y ni en lagunas ni en islas faltan enormes caimanes y pintadas culebras, hallándose a veces el monstruo amarun, terror de esas soledades, y junto al cual la boa de Africa pierde su fama toda. El Rumachuna, pocas leguas antes de la confluencia del Pastaza con el Amazonas, es el más extenso y magnífico de esos espejos de la naturaleza tendidos en el desierto.

.....

II

LAS TRIBUS JIBARAS Y ZAPARAS

Numerosas tribus de indios salvajes habitan las orillas de los ríos del Oriente. Algunas tienen residencia fija, pero las más son nómadas que buscan su comodidad y subsistencia donde la naturaleza les brinda con más abundancia y menos trabajo sus ricos dones en la espesura de las selvas o en el seno de las ondas que cruzan el desierto.

Su carácter y costumbres son diversísimos como sus idiomas, incultos pero generalmente expresivos y enérgicos. Hay tribus que se distinguen por la mansedumbre del ánimo y la hospitalidad para con cualquier viajero; tales son los záparos que viven al Norte del Pastaza y a las márgenes del Curaray, del Veleno, el Bobonaza, el Pindo y otros ríos de auríferas arenas y mitológica belleza, sin que por esto deba creer-

se que son encogidos y cobardes. Otras hay temibles por su indómita ferocidad, como las tribus jíbaras desparramadas en el inmenso espacio regado por el Morona y el Santiago, que se extiende desde la banda meridional del mentado Pastaza, hasta las regiones en que domina el Chinchipe, uno de los principales ríos de Loja; de esta tierra, patria de la quina, y si por esto célebre, no menos famosa por la riqueza de su **flora**, sus minas de metales preciosos y sus mármoles tan bellos como los de Paros y Carrara. No hay caníbales en estas tribus, como algunos lo han creído sin fundamento; pero es peligroso viajar entre ellas, a lo menos cuando no se toman todas las precauciones necesarias para no causarles el menor disgusto ni sospechas. En la guerra son astutos y sanguinarios, sencillos en las costumbres domésticas, fieles en la alianza y en la venganza inflexibles. No obstante su adoración a la libertad, a veces miran a sus jefes, cuando sobresalen por la bravura y el número de las hazañas, con supersticioso respeto; y cuando mueren, sacrifican a la más querida de sus esposas para que le acompañe en el país de las almas.

La guerra es casi el estado normal de los

jíbaros y a ella son también aficionados los záparos. Unos y otros son muy diestros en el manejo del arco, la lanza y la maza. Su maestría en el conocimiento y uso de los venenos es horripilante. La causa de sus contiendas es por lo común el deseo de llevar a cima una venganza. Acontece no pocas veces que un jefe toma la infusión del bejuco llamado **hayahuasca**, cuyo efecto es fingir visiones que el salvaje cree realidades, y ellas deciden lo que debe hacer toda la tribu: si en ese delirio ha visto la imagen de un enemigo a quien es preciso matar, no perdona diligencia para matarle; si se le ha presentado cual adversa una tribu, que, quizás, fué su amiga, la guerra con ella no se hace esperar.

.....

I X

EN EL LAGO CHIMANO

Mucho antes del alba estuvo el campo alzado, y las tribus moviéndose en sus ligeros vehículos sobre las majestuosas olas del Pastaza. Era toda una población blandamente transportada en las palmas de unas cuantas divinidades acuátiles, en premio de lo piadoso del objeto de la peregrinación.

A poco la luna, avergonzada de ser sorprendida por el día, según la poética expresión de los indios, se ocultó bajo los velos de candidas nubes que para recibirla desplegaba el occidente. El sol, antes de levantarse, tendió por los etéreos espacios y por la superficie de las selvas su inmensa aureola de luz vaporosa y suave, que ensanchándose en magníficos radios la abarcaba en casi toda su extensión. Brilló el astro en el horizonte; la aureola se convirtió en ondas de luz des-

lumbradora que inundaron toda la creación; y el azul de los cielos, y la verdura de los bosques, y la candidez de las nubes que sobre ellos se arrastraban, y el limpio cristal de los dormidos ríos, y el perfil de las remotas montañas, parecían estremecerse de gozo al contacto de los vivificantes rayos solares.

La navegación fué rápida como en el día anterior. Las hermosas islas, esas ninfas abrazadas y acariciadas eternamente por los dioses de las ondas, iban apareciendo más frecuentes. En el seno de una de ellas asomó un amarun que, huyendo de la multitud de canoas, se escondió en la espesura arrastrándose como una enorme viga de color ceniciento. Las mujeres y los niños dieron gritos de espanto, y los indios dispararon algunos inútiles flechazos. Luego dejaron a la izquierda el río Huarumo y a la derecha el Huasaga, y a poco, cuando la tarde estaba apenas mediada, llegaron a la desembocadura de un angosto canal que encadena el Pastaza con el lago Chimano, sin que pueda saberse si éste da sus aguas al río, o el río conserva el depósito de las del lago; tan dormidas permanecen las ondas que los juntan.

Sin embargo, el canal no es navegable sino cuando las crecidas del Pastaza le hinchan y dan hondura. En los días en que lo estamos visitando con la memoria, la escasez de aguas no consentía surcar fácilmente ni la más ligera canoa, tanto que las destinadas a la fiesta hubieron de ser llevadas a remolque, no sin bastante trabajo, quedando las muy pesadas y de gran magnitud atadas a la ribera del río. Los indios **pinches**, más vecinos al Chimano, habían recibido anticipadamente la comisión de desembarazar una buena extensión de su orilla meridional de la alta y espesa enea y de otros matorrales y aun árboles en que abunda, de preparar muchos materiales para las barracas que debían construirse, y de ayudar en el remolque de las naves. Sin embargo de este auxilio, la operación de transportar tantas familias y tanta abundancia de útiles como todos llevaban para la vida y para la fiesta, se prolongó hasta muy avanzada la noche.

Con la aurora siguiente se despertó el afán de todas esas tribus, que no obstante formar por entonces un solo pueblo no se mezclaban ni confundían. No cabe inquietud mayor pues, si se dice que semeja a ese ir, venir y agitarse de un hormiguero que

quiere aprovechar los últimos días del buen tiempo para hacer sus provisiones de invierno, es poco decir al compararla con la de aquella multitud de salvajes ocupados en disponerse para los festejos y ceremonias que deben comenzar a medio día en punto. Los primeros rayos del sol hallaron levantada, como por obra de magos, una pintoresca al par que extraña población, en el punto en que la víspera, a esas horas, no había sino malezas donde las aves acuátiles ocultaban sus nidos, y donde se arrastraban monstruosos reptiles que ahuyentaba la presencia del hombre. Las aves huyeron también de los inesperados huéspedes, y los peces descendieron asustados a lo más recóndito de sus cavernas; pero ni a las primeras la fuga ni a los otros su escondite los libraron de los cazadores y pescadores: las flechas y el **barbasco** los destrozaron; de ellas atravesadas rodaban las aves desde las más encumbradas copas de los árboles, y narcotizados los peces con el zumo de la venenosa yerba, surgían a la superficie del lago, vueltos al sol los plateados vientres, y lasas y caídas las aletas. Las tardas tortugas sufrieron mayor provecho, pues su carne es por ellos apetecida.

Abrese el Chimano en elíptica figura, y, tendido de Este a Oeste, cuando el viento agita sus ondas, las desarrolla sobre hermosas playas, o bien, por algunos costados, van a chocar con trozos de rocas o árboles seculares, y se rompen sonantes y espumosas. En algunas partes se puede saltar fácilmente a una canoa, o de ésta a tierra, pues la naturaleza ha puesto cómodos muelles en las salientes raíces o en los árboles que el peso de los siglos o la furia del huracán han obligado a inclinarse sobre las aguas.

Las cabañas, ramadas y toldaduras piramidales, cubiertas las primeras de variedad de hojas y ramas y de la enea cortada en la misma orilla, y las otras de diversas telas debidas a la industria del hombre, o bien tejidas por la naturaleza, formaban una línea curva, cuyos extremos se avecinaban al lago. La parte central tocaba a los límites de la playa, al principio de la selva, dejando despejado un gran espacio a la manera de una ancha plaza destinada para las ceremonias, danzas y juegos de la fiesta.

Grande número de canoas atracadas a la ribera y adornadas de ramos olorosos, flores y plumas que competían en la riqueza y variedad de los matices, estaban listas a

obedecer al remo y romper los cristales del Chimano que las retrataba. Una balsa de mayores dimensiones que las comunes y atada a un robusto poste, se movía en grave compás en medio de las otras barquillas. Al centro de ella se elevaba un asiento forrado de piel de tigre y con espaldar de entrelazados arcos y picas. Los bordes de la rústica barca eran verdes festones, airo-sos penachos y chapas de infinidad de lindas conchas de tortugas y gayas pellejas de culebra; de ellos se desprendían enhiestas veinte lanzas de chonta con cabos barnizados de rojo y de cada lanza pendiente una cabeza de enemigo disecada, que parecía ceñuda al presenciar el festín del terrible guerrero que a tal ignominia la trajo. De una asta a otra y engarzadas en hilo de **chambira** columpiaban blancas azucenas, frutas en sazón, pintadas aves y relucientes pececillos. Tal era el trono flotante del rey de la fiesta; algo de miedosa grandeza había en él, y era digno sin duda del anciano **curaca** que iba a ocuparlo.....

DE "MELODIAS INDIGENAS"

AL NUMEN DE LAS LLUVIAS

Pacha rúrac,
Pachacámac,
Uiracocha
Cai hinápac
Churasunqui,
Camasunchi

(De una poesía quichua
que cita Garcilaso Inca.)

Traducción.— "El autor del
universo, el que le da la vida, y
el dios Uiracocha, para este
oficio te criaron y animaron.

No el espantoso rayo
Veloz el aire surque,
Ni de mi amada el pecho

Con su estridor conturbe;
No caiga el mal granizo
Que la mies destruye
Ni el aluvión los campos
Desolador inunde;
Mas tú, **Ñusta** divina,
Que habitas en las nubes,
De las benignas lluvias
Almo, piadoso numen,
Escucha mi plegaria
Que a tí humilde sube,
Y esparce al bajo suelo
Tus aguas claras, dulces.
Las plantas a su influjo
En mi heredad pululen,
La espiga fructifique,
Crezca el maíz y abunde,
Los prados reverdezcan,
Retoñen las legumbres,
Las frutas de mi huerto
Con profusión maduren;
Y a mí Cemila bella
Y a mí ledos circunden
Mis amigos, y todos
De tanto bien disfruten.
Así, celeste virgen,
Los vientos no te insulten,
Ni el agua de tus vasos

Jamás su soplo turbe;
Así del inca el padre
Sus rayos atenúe
Cuando veloce corra
Por tu mansión de nubes;
Así el omnipotente
Pachacámac te ayude,
Y aumente tu hermosura,
Difundan en tí sus luces.

LAS DOS TORTOLAS

A mi querido amigo el
Dr. Dn. Juan Rendón

“¿Dónde vas, Páucar gallardo?
¿Dónde vas?... ¡Ah! ya comprendo:
En tu frente airoso ondea
El penacho del guerrero;

La aljaba de muerte henchida
Cruje a tu espalda; el siniestro
Brazo ostenta el ancho escudo;
Nueva cuerda al arco has puesto.
¡Ya comprendo! Tu mirada
Me enseña de tu alma el fuego,
Y tu arrojo se traslúce
En tu sombrío silencio.

La guerra te llama: el ronco
Són del tambor rompe el viento,
Y alzado en medio del campo
Flota al aire el rojo lienzo.

Se acerca de Cuzco el Inca;
Nubes trae de guerreros;
Mas con nubes de valientes
Le sale Cacha al encuentro.

Marcha, marcha, hijo querido,
Al lado del **Shiri** excelso,
Y do lo mande pelea
Cual buen soldado quiteño.

Pero no olvides... no olvides,
Páucar que en este mi seno
Hubiste el dón de la vida,
Y escucha mi último ruego.

Si al golpe del enemigo
Tu espíritu huye del cuerpo,
En forma de tortolilla

Venga a posarse en mi pecho;
Que también mi ánima, al verla,
De esta vieja carne huyendo,
Se le unirá y al instante
Partirán juntas al cielo".

Así la noble viuda
Del noble y bravo Hualeco
Dijo al partir a la guerra
Su hijo Páucar, mozo bello.

Partió; la tierna mirada
Maternal le vió a lo lejos
Perderse entre el seco polvo
Que alzaban sus pies ligeros,
Cual se pierde entre la niebla
Del horizonte el lucero
Paje del dios cuya lumbre
Presta vida al universo.
No regó llanto la anciana;
Mas con el gentil mancebo
Se fueron ¡ay! sus sentidos,
Su alma y corazón se fueron!

De Huaina-Cápac la gente
Y la de Cacha soberbio
En las pampas de Tiocajas
Como tigres combatieron.
La arena se empapó en sangre;
Hubo como arena muertos,
Y de triunfos gritos hubo,
Y hubo gritos de despecho.
Los del Inca victoriosos
Quedaron del campo dueños;
Los del Shiri destrozados,
Pero no vencidos fueron.

Y en la lucha cayó un joven
Desde cuyo herido seno
Alzóse una tortolilla
Que hacia Quito tendió el vuelo.
Voló, voló sin descanso,
Voló, voló más que el viento,
Y de una anciana afligida
A descansar fué en el pecho.

“¡ Mi hijo!” exclamó la infelice;
“¡ Hijo mío!” y al momento,
Lanzando triste gemido,
Cayó desplomada al suelo.

En los macilentos labios
La avecilla le dió un beso,
Y asomó tras un suspiro
Otra tórtola de entre ellos.
Unidas ambas entonces,
Del sol al rayo postrero
Se lanzaron al espacio
Y en las nubes se perdieron.